

# ANNA DÉDALUS DETECTIVE EL MISTERIO DE LA MANSION QUEMADA



Miguel Á. Giner Bou Núria Tamarit Xulia Vicente



# Índice

| Las ruinas                                    | 7  |
|---|----|
| El cuaderno                                   | 13 |
| Demasiadas preguntas                          | 45 |
| Visita a los Segura                           | 49 |
| El chófer, el escarabajo rojo y el cuaderno   | 55 |
| Geraldine en el Hospital San Jorge            | 61 |
| El misterio de la Mansión Gris (continuación) | 71 |
| Fuego y agua                                  | 89 |
| Final   | 97 |



#### «Uno de mis refugios favoritos durante el día era el ruinoso sótano de la mansión quemada.»

La tumba, H. P. Lovecraft

### LAS RUINAS

as ruinas de la Mansión Gris se elevan imponentes ante mí. Está a punto de anochecer y hace frío. Una capa de fina lluvia no deja de caer empapándolo todo a su paso. Una vez al mes vuelvo a este lugar a intentar averiguar algo nuevo...

Soy Anna Dédalus, tengo dieciséis años y soy detective.

Mis padres también lo eran, los famosos detectives Dídac Dédalus y Queta Amorós, y digo eran porque, desgraciadamente, hace diez años que murieron en un terrible accidente, precisamente aquí, en este siniestro lugar.

Mi padre era muy inteligente, la mente más brillante del continente, Sherlock Holmes y Hércules Poirot en una misma persona. Tenía verdadera pasión por la música, la física, la química y las matemáticas, y esa fuerte base científica siempre le ayudaba a descubrir los misterios que se escondían detrás de los casos más complicados.

Mi madre era más intuitiva, era ilustradora, pintora y psicóloga, amante del cine y los cómics. Sus increíbles conocimientos en psicología humana le llevaban a intuir soluciones que muchas veces ni siquiera mi padre lograba ver. Era asombroso cómo conectaba elementos aparentemente dispares y el caso se simplificaba notablemente, cuando no se solucionaba.

La combinación de ambos era letal: cuando la policía se desesperaba y ya no sabía por dónde investigar, llamaba a mis padres.



Afortunadamente, yo he heredado un poco de las habilidades de los dos.

Aprendí a leer con los informes que mi madre hacía sobre los casos, ya que ella tenía la costumbre de dibujarlo todo. Decía que le ayudaba a reflexionar sobre lo que estaba investigando, y cada caso, de los más de cien que hubo, fue cuidadosamente plasmado en sus cuadernos, que guardo celosamente y consulto cada vez que me atasco. No sabéis la de veces que me sumerjo en sus aventuras, la de veces que sus conocimientos me han ayudado a resolver un misterio.

Soy consciente de que soy muy joven, como también sé que cuando me llaman para ayudar en un caso, los mayores me miran con recelo, incluso a veces con cierto desprecio. Ay, pero cómo me gusta ver sus caras cuando lo resuelvo y cómo disfruto interpretándolas: envidia, celos, extrañeza y, también, algunas veces, admiración y respeto. Y cuando veo esas expresiones sé que el caso se va a cerrar.

He resuelto más de veinte casos a pesar de mi edad, algunos de ellos de una complejidad inaudita, y me enorgullezco de ello. Me apasiona este trabajo y he disfrutado muchísimo con cada uno de los misterios que he investigado. Podría ser realmente feliz haciendo esto, pero hay una cosa que me atormenta, algo que posiblemente hayáis adivinado.

Efectivamente, nunca resolví el caso que costó la vida a mis padres.

Le he dado un millón de vueltas, lo he investigado desde todos los ángulos posibles, he seguido y he preguntado a todos los implicados, leído y releído los informes policiales, los de los bomberos y los de los forenses y siempre he obtenido la misma respuesta: nada de nada. No he encontrado ninguna pista que me ayude a profundizar más allá de lo que todo el mundo sabe: que la vieja Mansión Gris se quemó en el año 1975 y que murieron casi todos sus habitantes, entre ellos, mis padres.

He hablado repetidas veces con los tres únicos supervivientes: la heredera de los Mulligan, Geraldine (que acabó en un hospital psiquiátrico), y el viejo matrimonio de cocineros, el señor Antonio Segura y su mujer, Adela, para preguntarles si sabían o si recordaban algo más de lo que habían contado a la policía. Incluso, aunque no creo demasiado en estas cosas, los he sometido a sesiones de hipnosis. Y, como siempre, nada.

Hoy es una de esas noches en las que vuelvo a las ruinas de la Mansión Gris, con la compañía de mi amigo Bloom, aunque esta vez ha preferido quedarse esperando en el sidecar bajo un paraguas. Me he adentrado una vez más en lo que un día fue el comedor y, como el techo prácticamente ha desaparecido, la fina pero incómoda capa de lluvia me ha empapado, lo que resulta bastante irritante.

Conozco la mansión de memoria. He consultado sus planos miles de veces. En la planta baja están la cocina, el comedor con su impresionante chimenea, la salita y la también impresionante biblioteca. Subiendo lo que en su día debió de ser una preciosa escalera de mármol, están las habitaciones, la terraza posterior y, más arriba, una buhardilla y las habitaciones del personal. En el sótano, la caldera, la bodega y la lavandería se conectan a la cocina por una pequeña puerta. Como he hecho más de un centenar de veces, recorro estas ruinas sin perder la esperanza de encontrar algo que me ayude a avanzar en mis pesquisas.

La luna ha salido tímidamente de entre las nubes y por fin ha parado la lluvia. Justo antes de irme, cuando me doy la vuelta, noto algo extraño, algo casi imperceptible, pero conozco tanto este comedor que me he percatado enseguida de que enfrente de la chimenea el suelo no está igual. Estoy casi segura de que ese tablero no tenía esa pequeña curva hacia abajo. Mi corazón empieza a latir más rápido. Después

de tantos años esperando un cambio, me encuentro con algo diferente entre aquellas ruinas, aunque tengo que tener en cuenta que podría ser un efecto óptico causado por la madera mojada y el reflejo de la luna. La ansiedad, el principal enemigo de todo buen detective, me domina y corro a comprobarlo cuando oigo un chasquido de madera bajo mis pies.

No me esperaba caer al vacío desde tan alto. El suelo, además de más curvado hacia abajo de lo que yo pensaba, estaba podrido y no ha aguantado mi peso. El golpe contra el suelo me ha dejado bastante aturdida y un fuerte dolor en el costado me dice que posiblemente alguna costilla esté rota o desplazada. Espero que Bloom haya oído el escándalo que se ha armado cuando el suelo se ha venido abajo, aunque lo dudo, la carretera está demasiado lejos. Al menos mi intuición y mi capacidad visual están en perfecto estado.

Alumbro con mi vieja linterna hacia arriba y compruebo que la superficie está demasiado alta, es imposible subir sin una cuerda.

-¡Bloom!, ¡Bloooom! -Es inútil, no se ha enterado de nada. Tendré que esperar. Alumbro hacia todos los lados y descubro que el fuego no ha pasado factura a esta parte del caserón, está prácticamente intacto, qué curioso. A mi derecha se abre un oscuro pasillo. ¿Qué hago? ¿Lo sigo o me espero hasta que Bloom me eche de menos? No sé por qué me lo pregunto, hace rato que he tomado la decisión, ¡menuda detective sería si me asustara un pasillo oscuro!

Supero mi miedo, sobre todo a las arañas, y me adentro en la oscuridad. La humedad crece a cada paso y yo avanzo poco a poco pisando oscuros charcos alumbrando el pasillo. Sobre el viejo techo unas largas serpientes oxidadas acompañan mi camino, deben de ser las antiguas tuberías de agua, electricidad o gas.

Llego hasta una gran sala. Mi pequeña linterna no me permite abarcar toda su amplitud. Me adentro poco a poco intentando descubrir alguna puerta que me saque de esta pesadilla de humedad y frío. Además, el dolor en la costilla ha aumentado y empiezo a notarlo más de lo que me gustaría. Vislumbro una vieja, enorme y compleja maquinaria donde mueren las serpientes del pasillo. Debe de ser la caldera.

-¡Oh no, lo que faltaba! -grito.

El techo de la sala ha empezado a crujir, el mismo sonido que escuché hace un rato y que acabó con mi cuerpo cayendo al vacío, pero mucho más amenazador. Si no me doy prisa, todo lo que queda de la vieja casa se precipitará sobre mi cabeza. Ignorando el dolor del costado, empiezo a correr a ciegas, buscando desesperadamente una salida. El haz de luz de mi linterna cobra vida propia y se desplaza rápidamente sobre más tuberías, una mesa con algunos objetos, sillas, libros, papeles... y, por fin, ¡una puerta! Corro hacia ella desesperada. El crujir del techo ha aumentado de manera alarmante y el derrumbamiento es inminente. Cuando abro la puerta me doy cuenta de que ni siquiera había pensado en la posibilidad de que estuviera cerrada, pero no hay tiempo para nada, suspiro y aparto la idea de mi cabeza. Algo me impide salir, una imagen se ha instalado en mi cabeza y reclama insistentemente mi atención: sobre la mesa había algo tremendamente familiar... busco con la linterna de nuevo y ¡allí está! No eran imaginaciones mías, aquí abajo, en el subsuelo de la Mansión Gris, en una parte que ni siquiera aparece en los planos, sobre una vieja mesa de madera, se encuentra uno de los inconfundibles cuadernos de mi madre.

Una cascada de polvo y virutas de madera acompañan el escalofriante sonido in crescendo de las vigas de madera resquebrajándose rápidamente y sé que debería salir de aquí pitando, pero al mismo tiempo soy incapaz de dejar el libro en la mesa. ¿Y si nunca puedo recuperarlo? Siguiendo un impulso tan incontenible como temerario, corro hacia la mesa: el sonido de mis pasos es acallado por el de las vigas de madera podrida partiéndose. En cuanto lo tengo en mis manos, la estruendosa amenaza se convierte en una terrible realidad que cae irremediablemente sobre mi cabeza. Ahora la oscuridad sí que es total. Cuando el sonido y el polvo paran su tétrica ópera, justo antes de desmayarme, oigo a lo lejos los débiles ladridos de mi querido y fiel Bloom. Seguro que él... me... encon... tra... rá.



## EL CUADERNO

uando despierto no sé muy bien dónde estoy, solo sé que estoy muy dolorida, tremendamente dolorida. A los pies de mi cama, calentándome, Bloom está medio dormido pero en cuanto me ve se despierta y su cola empieza a agitarse alocada. Observo mi entorno: un gotero, sábanas blancas, tubos, máquinas, pitidos. No hay duda, estoy en un hospital. Tengo un brazo en cabestrillo por el cúbito roto, el pie derecho enyesado por un esguince de tobillo y el pecho recubierto con una venda adhesiva porque me he roto una costilla flotante. Sentada a mi lado está una persona que conozco muy bien. Ojos vivos, pequeños y simpáticos, mejillas sonrosadas, con sobrepeso y, cómo no, dormido.

- -Hola, tío Eugene.
- -¿Eh? ¿Uh? Hola, Anna. Por fin te has despertado.
- -¿Cuánto... cuánto tiempo llevo así?
- -Un par de días. Pero estás bastante bien... Teniendo en cuenta que se te cayó en la cabeza media mansión, podemos decir que tu estado no es muy grave. Ja, ja, ¡eres igual de cabezona que tu madre!
  - -Mi... mi madre. El... el cuaderno...
- -Tranquila, está aquí. Lo tenías entre los brazos cuando te desenterramos, estabas inconsciente pero lo tenías bien agarrado . Ya puedes decir que eres una muerta viviente, una zombi -el tío Eugene pone caras raras y gesticula con las manos.

Cuando me río me duele terriblemente la cabeza y, al llevarme las manos hacia ella, me doy cuenta de que la tengo vendada. Tío Eugene sigue hablando.

-En fin, si no llega a ser por Bloom, aún estaríamos buscándote. -Cuando oye su nombre, Bloom agita su cola aún más rápido, si eso es posible-. Vino a casa completamente fuera de sí. En cuanto lo vi solo, supe que algo no andaba bien, lo seguí y, bueno, ya puedes imaginar el resto.

- -Uf, me duele todo.
- -Normal.
- -Pásame el cuaderno, tío Eugene.
- -¿No sería mejor que descansaras un poco? No te conviene excitarte ahora, en tu estado...

Lo miro desafiante, con esa mirada que le pones a alguien que ya sabe lo que estás pensando. Duda unos instantes, pero finalmente suspira, abre el cajón de la mesita de mi derecha y me lo da, protegido con una funda de plástico.

-Sí, es de tu madre... -me dice.

La emoción me embarga. Al final el riesgo que asumí ha valido la pena, no ha sido la mayor estupidez de mi vida. Destapo con sumo cuidado la funda y saco temblando un cuaderno que para mí es inconfundible, la tapa negra, el cuadrado ocre en la portada a la parte de arriba con el título manuscrito con la reconocida letra de mi madre: «El misterio de la Mansión Gris. 1975».

-Sí, es el que me faltaba. Creo que este cuaderno nos va ayudar a descubrir por fin qué les pasó a mis padres. -Miro ilusionada a tío Eugene.































